

RACONTOS

Todo ser humano tiene un nombre que lo distingue de los demás, como también un cuerpo y facciones que lo individualizan. Cuando un individuo se ha destacado en la vida, la comunidad suele honrarlo poniéndole su nombre a una calle.

Pero un nombre es sólo un nombre. No contiene las virtudes y méritos de un individuo, nada nos dice de los atributos que tuvo y que lo hicieron merecedor del homenaje, y con el tiempo un manto de olvido llega a cubrirlo, aun si permanece la calle con la que se pretendió inmortalizarlo.

Es posible que algún erudito sepa quién fue ese señor Morandé que dio su nombre a una de las principales calles de Santiago, o pueda decirnos algo de ese señor Irrarrázaval que da su nombre a la arteria más importante de Ñuñoa. Sin embargo, para el grueso del público que camina por Morandé o transita por Irrarrázaval, esos son nombres de calles y nada más.

Durante largos años viví en una casa situada en una pequeña calle de La Reina que se llama José Jaime Bordes. Muchas veces la curiosidad me llevó a preguntarme quién sería ese señor Bordes hasta que, averiguando, supe que había

sido el segundo alcalde que había tenido Ñuñoa. Más de una vez especulé cómo habría sido la personalidad de don José Jaime Bordes, cuáles sus sueños, sus logros o sus frustraciones, pero quienes quisieron exaltar sólo consiguieron que permaneciera un nombre y no su espíritu.

Cada vez que paso en auto frente a dos calles paralelas de Ñuñoa, una con el nombre de Luis Alberto Heiremans y otra llamada Justo Ugarte, no puedo contener la emoción y fluyen los recuerdos de estos dos amigos fallecidos. Pero me imagino que los vecinos que viven ahí darán su dirección a los demás sin evocar el mundo pleno de sensibilidad y poesía de Heiremans, ni la bonhomía de ese gran actor que fue Justo Ugarte. Y cuando la

Calles y estatuas 28.1.98



1954: Justo Ugarte y Silvia Piñeiro representan "La casa de la noche".

Quando la gente de mi generación haya desaparecido, Justo Ugarte y Heiremans serán sólo eso: nombres de unas callecitas de Ñuñoa.

gente de mi generación también haya desaparecido, Justo Ugarte y Luis Alberto

Heiremans serán sólo eso: nombres de unas callecitas de Ñuñoa.

Cuando se considera que el sólo poner el nombre de un estadista o de un militar o de un hombre público destacado a una calle es un menguado homenaje, se procede a levantar una estatua del personaje en cuestión, y la mayoría de las veces se pide al

escultor que reproduzca con la mayor exactitud posible los rasgos faciales y corporales de quien así es distinguido. Y tal como sucede con el nombre, estas estatuas nada nos dicen del fuego interior que alentaba a estos seres. Pasa el tiempo y esas figuras en acero o en piedra se convierten en una mera decoración de la plaza, el jardín o el paseo.

A veces, sin embargo, no es así. La estatua que más me ha llamado la atención está en

SERGIO VODANOVIC

Colombia, en Cartagena de Indias. En medio de un parque hay una escultura que pretende honrar a la ciudad. Representa un enorme zapato viejo y remendado, y con ello se recuerda un poema de Luis Carlos López, que en una de sus partes declara que ama a su ciudad tanto como a sus zapatos viejos. Y los habitantes de Cartagena de Indias sienten que esa escultura de un zapato viejo retrata la naturaleza suave de la ciudad, el placentero desahogo que les proporciona, mucho mejor que una reproducción hecha a escala.

En una exposición reciente vi la maqueta que el escultor Sergio Castillo hizo para un monumento en homenaje a Radomiro Tomic. Me impactó. En vez de reproducir los rasgos físicos de Tomic, Castillo ideó una llamarada que va creciendo a medida que asciende, y en esa figura creada por el artista vi claramente el espíritu de Tomic, su vibrante oratoria, su ser apasionado.

Cuando esa maqueta se convierta en monumento, estoy seguro de que estará dando un testimonio permanente de quién fue Radomiro Tomic, más allá de la cara, el cuerpo y el nombre.

Dramaturgo.